

Marzo del 2021

MEDITA CONMIGO

Oye, pueblo mío, y te amonestaré. Israel, si me oyes, No habrá en ti dios ajeno, Ni te inclinarás a dios extraño. Yo soy Jehová tu Dios, Que te hice subir de la tierra de Egipto; Abre tu boca, y yo la llenaré. Pero mi pueblo no oyó mi voz, E Israel no me quiso a mí. Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; Caminaron en sus propios consejos. ¡Oh, si me hubiera oído mi pueblo, Si en mis caminos hubiera andado Israel! (Sal. 81:8-13).

Cuando leemos lo que llamamos Las Escrituras, refiriéndonos a ellas como Palabra de Dios ¿Qué es lo que hace la diferencia de hacer solo una lectura? Sin temor a equivocarme puedo decir que la diferencia la hace el peso de la fe en el que decimos que nos habla, y que luego nos mueve a preguntarnos: ¿Qué tiene que ver conmigo y con los creyentes del presente?

Bajo este principio dispongamos el corazón para discernir y enfocar lo que Dios quiere hacernos entender en este salmo. Aparentemente la voz de Dios se está dirigiendo a la nación engendrada por él a la cual puso por nombre Israel, pero si somos conscientes de la universalidad intemporal de su carácter, aceptaremos que se dirige al linaje de los que invocan su nombre, sea que lo hagan realmente por la fe o por simple costumbrismo religioso, hemos de notar que unos y otros pueden estar ocupando los mismos espacios geográficos o congregacionales y de allí que resulte complicado distinguir quienes son unos y quienes son otros; pero lo que no puede negarse es que las mayorías en todos los tiempos, que solo invocan a Dios por mero religiosismo, influyen o reprimen a los pocos con sus desvíos doctrinales y de conducta para salirse de los caminos de Dios; este panorama muy repetido en la historia es lo que explica la presencia de los profetas enviados por Dios a su pueblo para exhortarles a retornar a sus caminos.

La manifestación de Dios en carne vino a hacer contundente la verdad de que Dios tiene un solo pueblo, esto es, los que de corazón invocan su nombre, sean o no de ascendencia judía (Jn 10:16; Ef 2:11-18), considerando la enseñanza de Pablo de que no se es judío en el exterior, sino en el interior (Rom 2:28-29).

Ahora bien, atendiendo a la verdad de que Dios no está sujeto a temporalidad, entendemos que su voz se sigue dirigiendo a su pueblo diciendo: OYE PUEBLO MÍO, Y TE AMONESTARÉ. Su palabra inicia con un Sí condicional: SI ME OYERES, esto quiere decir, que la consecuencia de OIR es la de no caer en el engaño que lleva a andar bajo el dominio de dioses ajenos; cabe aquí preguntarse: ¿Qué dioses ajenos han atrapado al pueblo del presente, y en qué caminos extraños está caminando? Sin duda podemos aludir al materialismo, al fanatismo político, a la deificación científica, y en lo religioso al emocionalismo en lugar de espiritualidad.

Después de que Dios le dice a su pueblo cuál será el resultado de que oigan su voz, enseguida les ofrece saciarles, y la increíble respuesta de su pueblo que podríamos parafrasear así: "Nos saciaremos a nuestro modo". ¿Qué hace el Señor ante esta insólita actitud? Simplemente dejarlos a la Dureza de su corazón, es decir, que cosechen lo que siembran. En seguida Dios parece exhibir su dolor diciendo: *¡Oh, si me HUBIERA oído mi pueblo!* Con mucha frecuencia se oye decir que los hubieras de nada sirven. La pregunta es: ¿Entonces por qué Dios la expresa? ¿Tiene algún propósito? Por supuesto que sí; cada generación ha tenido su pasado y su futuro; si en su presente valora el *hubiera* de Dios, se está dando la oportunidad de sembrar lo que conviene. Lo importante hoy es que nos demos cuenta qué tiene que ver con nuestra generación el *hubiera* de Dios, para que en el futuro no se vuelva a oír la palabra de deploración de Dios: ***¡Oh, si me hubiera oído mi pueblo!***

Que mi Señor nos dé la gracia de hacer atentos nuestros oídos a sus palabras y la capacidad de discernir las sutilezas que han desviado los sentidos de quienes invocan su nombre. (2 Cor 11:3-4).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava